

Tecnología y fascismo

Susana de Castro. Universidade Federal do Rio de Janeiro (UFRJ, Brasil)

Recibido 28/06/2025 • Aceptado 28/10/2025

c. e.: susanadec@gmail.com

Resumen

Este artículo pretende analizar las razones por las que las personas de la sociedad contemporánea tienen una baja capacidad crítica. La realidad dominada por la tecnología y el neoliberalismo deja a los trabajadores poco tiempo para reflexionar críticamente sobre los problemas que les rodean, por lo que acaban alienados políticamente e incapaces de expresar una opinión propia que no esté mediatizada por los medios de comunicación de masas. Así es como vemos el ascenso de la extrema derecha fascista, impulsada por la dependencia tecnológica de los seres humanos, que se convierten así en lo que Marcuse llamó el Hombre unidimensional.

Palabras clave: hombre unidimensional, biopolítica, fascismo, tecnología.

Abstract

Technology and fascism

This article seeks to analyze the reasons why individuals in contemporary society exhibit a low capacity for critical thinking. A reality dominated by technology and neoliberalism leaves workers with little time to reflect critically on the problems surrounding them, resulting in political alienation and an inability to express independent opinions not mediated by mass media. This situation has led to the rise of the fascist far right, driven by human technological dependence, through which individuals become what Marcuse termed the *one-dimensional man*.

Keywords: one-dimensional man, biopolitics, fascism, technology.

Tecnología y fascismo

Susana de Castro. Universidade Federal do Rio de Janeiro (UFRJ, Brasil)

Recibido 28/06/2025 • Aceptado 28/10/2025

c. e.: susanadec@gmail.com

La crisis climática divide la opinión pública. Hay quienes niegan la crisis climática y afirman que ya estamos viviendo el fin del mundo. El primer grupo está formado por algunos científicos, pero también por empresarios y presidentes de grandes potencias. Obviamente no quieren defender una política de contención de daños que implique frenar el crecimiento económico, acabar progresivamente con el uso de combustibles fósiles y sustituirlo por energías renovables. La economía capitalista está impulsada por combustibles fósiles, pero como todos sabemos, esta energía es una de las mayores contribuyentes a las emisiones de gases de efecto invernadero. En el dilema entre salvar al mundo y continuar con el crecimiento económico, los capitalistas apuestan por esto último. Sabemos que lo que impulsa la economía es la venta de bienes, especialmente tecnología. Estos bienes necesitan tener una fecha de caducidad, es decir, necesitan ser reemplazados por otros productos supuestamente más eficientes porque tienen más funcionalidades. El ejemplo clásico es el teléfono móvil. Cada año que pasa, se añaden nuevas características para hacer el producto más vendible. La pregunta que nos hacemos en este trabajo es ¿por qué todos nos dejamos atraer por el marketing de la mayor eficiencia y ahorramos para comprar un móvil que al final seguimos usando del mismo modo que el antiguo? Está claro que todos somos susceptibles a la seducción del marketing y nos imaginamos que ciertos objetos, además de aumentar la eficiencia, dan estatus a quien los posee, como por ejemplo un iPhone de última generación. Pero la cuestión que no estamos viendo críticamente es que el modo de producción capitalista y su asociación con la tecnología demanda cada vez más energía y esto puede llevar a la destrucción del planeta.

¿Por qué no nos rebelamos? ¿Por qué, por el contrario, hoy la tendencia del electorado global es elegir líderes negacionistas que no están dispuestos a desacelerar el ritmo del crecimiento económico en sus países y en el mundo? Para Herbert Marcuse, la razón de esto la debemos buscar analizando la introducción de la

maquinaria en la industria. Contrariamente a lo que imaginábamos, las máquinas y las técnicas no vinieron a satisfacer las necesidades básicas del individuo, dejándole más tiempo para actividades que desarrollaran su potencial y sus habilidades, dice Marcuse, sino a atarlo a su lógica de eficiencia y productividad. La promesa de emancipación del pensamiento y de autonomía que trajo la filosofía del individualismo surgida en el siglo XVI con las reformas protestantes no se cumplió. Por el contrario, a lo largo de los siglos, en países capitalistas o no, la población se ha adherido cada vez más al conformismo de la idea de que la racionalidad productivista prevalecía como la única verdad. En la década de 1960, Marcuse advirtió sobre la naturaleza irracional de la racionalidad de la civilización industrial (p. 47). Según él, los controles sociales son responsables de la apatía y el conformismo. Cualquiera que cuestione las medidas y acciones del establishment, que no siga la corriente, es considerado un neurótico. Su diagnóstico es claro: las fuerzas históricas que surgieron en la fase anterior de la sociedad industrial han desaparecido.

En esta presentación intentaré en primer lugar mostrar la contribución de Herbert Marcuse y Michel Foucault a la reflexión sobre el autoritarismo de la tecnología y cómo el Estado liberal incentiva el uso de la tecnología con vistas a la eficiencia de los trabajadores. Siguiendo a Marcuse, encontramos que el objetivo de la eficiencia rige las relaciones de producción, pero esta filosofía, digamos, económico-tecnológica de la eficiencia provoca al mismo tiempo una pérdida de autonomía crítica del trabajador.

Aunque Foucault no escribió sobre la tecnología como dispositivo de poder, hay un punto en el que coinciden los análisis de ambos autores: la centralidad de la economía para el Estado liberal moderno. Veremos cómo en cada uno de ellos esta centralidad supondrá una pérdida de libertad, y cómo para Marcuse esta centralidad de la economía está ligada a la tecnología y al autoritarismo.

En el primer volumen de la *Historia de la sexualidad: la voluntad de saber* Michel Foucault desarrolla la idea de biopoder, según la cual a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, las ciencias humanas, entre ellas la biología, la sociología, la psiquiatría y el psicoanálisis, habrían creado prácticas y discursos sobre los individuos, *produciendo verdades* sobre sus cuerpos y su sexualidad. El hecho de que la verdad se ‘produzca’ no quiere decir que hablemos de ilusión o de ideología, porque aunque antes no existieran, se convierten en algo, ganan materialidad desde el momento en

que se las nombra y, apoyadas en la autoridad de la ciencia, empiezan a ‘explicar’ la sexualidad humana, aunque sigan sin existir. Cuando digo que lo inexistente se convierte en algo, no pretendo demostrar cómo se pudo crear un error, sino cómo fue un cierto régimen de verdad, y por lo tanto no un error, lo que hizo posible que algo inexistente se convirtiera en algo. No es una ilusión, porque fue precisamente un conjunto de prácticas y prácticas reales lo que lo estableció y lo marcó imperiosamente en la realidad. (F., 2022: 44). Mientras que para Foucault el poder es positivo, es decir, productivo; crea materialidad para algo que sigue sin existir pero que de alguna manera se convierte en parte constitutiva de la subjetividad de los individuos, como si siempre hubiera existido independientemente de las prácticas discursivas hegemónicas. Para Marcuse, el poder es algo negativo, es decir, un aparato de control que reprime, a través de falsas ilusiones, el verdadero potencial y las necesidades de los seres humanos.

En el artículo «Algunas implicaciones sociales de la tecnología moderna», Marcuse define la tecnología, contrariamente a lo que se esperaría, no como una técnica, sino como un proceso social: «un proceso social en el que la técnica, el aparato técnico de la industria del transporte y la comunicación, es sólo un factor parcial». Si analizamos sólo la técnica, no la tecnología, veremos que ésta puede servir tanto al autoritarismo como a la emancipación, tanto al aumento como a la abolición del trabajo duro. Para él, «totalitario» no solo se refiere a una coordinación política terrorista de la sociedad, «sino también a una coordinación técnico-económica no terrorista que opera mediante la manipulación de las necesidades por intereses ocultos. Esto impide entonces el surgimiento de una oposición efectiva contra el conjunto». (M., 2015: 42). Como proceso social, la tecnología es un modo de producción, es decir, una forma de organizar las relaciones sociales, una manifestación del pensamiento dominante, un instrumento de control y dominación.

Para Marcuse, en la sociedad industrial se difundieron una nueva racionalidad y nuevos estándares de individualidad que eran diferentes de la mentalidad de quienes iniciaron la marcha en los siglos XVI y XVII. En estos siglos, los exponentes de la revolución burguesa transformaron al individuo humano en unidad fundamental y fin de la sociedad. Se le consideraba entonces sujeto a ciertos estándares y valores fundamentales que ninguna autoridad externa podía ignorar. Estas normas y valores

se referían a las formas de vida, tanto sociales como personales, más adecuadas para el pleno desarrollo de las facultades y capacidades humanas. «[...] el individuo, como ser racional, se consideraba capaz de encontrar estas formas mediante su propio razonamiento y, una vez adquirida la libertad de pensamiento, capaz de llevar a cabo la acción que las transformaría en realidad. El deber de la sociedad era otorgar al individuo dicha libertad y eliminar toda restricción a su línea de acción racional» (p. 75). Marcuse habla aquí de racionalidad en la Europa renacentista y protestante («En el contexto del puritanismo radical, el principio del individualismo opone al individuo a su sociedad», p. 75) que forjó por primera vez la idea de una racionalidad del individuo, dado que la libertad de conciencia era un factor preponderante, una época en la que la organización del trabajo no se hacía a gran escala, sino a escala local, con un control relativo de los trabajadores sobre su producción y una organización del trabajo hecha a nivel local a través de corporaciones profesionales (gremios). «El hombre tuvo que superar todo el sistema de ideas y valores que se le impuso, para encontrar y tomar posesión de las ideas y valores que convenían a sus intereses racionales». (M., 1999: 75). La razón crítica como principio creador fue a la vez fuente de la liberación del individuo y del avance de la sociedad. En cierto modo, la fuerza crítica del individuo fue la fuerza impulsora detrás de todo el desarrollo científico y tecnológico que siguió y, contradictoriamente, despertó las fuerzas de control social que socavaron el pensamiento crítico y la autonomía.

En la primera lección de *El nacimiento de la biopolítica*, del 10 de enero de 1979, Foucault habla de un cambio importante que se produce precisamente en este mismo período destacado por Marcuse, el cambio de la razón de Estado, la transformación de los Estados absolutistas en Estados liberales. Contrariamente a lo que normalmente imaginamos, el control sobre el individuo ha aumentado enormemente desde la creación del Estado liberal. Si bien Foucault no habla de un cambio en la racionalidad del individuo, de una racionalidad autónoma a una heterónoma, sino de un cambio en la razón de Estado, esto tendrá efectos directos sobre la subjetividad de los individuos, por lo que veo un paralelo entre ambos análisis. Para Foucault, en el período de los estados absolutistas, la razón del Estado estaba regida por tres principios: el mercantilismo, el estado policial y el equilibrio europeo. En la transición del Estado absolutista al Estado liberal, vemos surgir a mediados del siglo XVIII la crítica al

gobierno excesivo del Estado. La nueva racionalidad de la práctica gubernamental se medirá por la delimitación de lo que sería excesivo para un gobierno. El instrumento intelectual, la fórmula de cálculo y racionalidad que permitirá la autolimitación de una razón gubernamental como autorregulación será la economía política. Según Foucault, esto implica proponer que los objetivos del Estado son su propio enriquecimiento y el crecimiento de la población y de la alimentación. La nueva razón del Estado propone un equilibrio entre los Estados para que pueda darse la competencia. La cuestión económica prevalecerá sobre la lógica del derecho (legitimidad del poder real por ley divina, por ejemplo). Ya no se intentará legitimar los actos de gobierno fundándolos en algún derecho, sino que se prestará atención a los efectos de los actos de gobierno, es decir, en qué medida logran o no el objetivo principal, el enriquecimiento por autolimitación. Para Foucault, la economía política del Estado liberal introdujo en la presunción infinita del Estado policial absolutista la cuestión de la autolimitación por el principio de verdad. El Estado liberal logra su objetivo de crecimiento de la población mediante prácticas/régimen de verdad que forman «un dispositivo de conocimiento-poder que marca efectivamente en la realidad lo que no existe y lo somete legítimamente al escrutinio de la verdad y la falsedad». (F., 2022: 44). El núcleo central de este gobierno basado en la economía política será la población. Si por una parte el objetivo del Estado liberal es enriquecerse interfiriendo lo menos posible en la actividad productiva de las élites económicas, por otra parte, empieza a jugar un papel activo en el control de la población, pero sin en el uso de la violencia y la muerte contra ella, sino a través del control de sus vidas (biopolítica). No quieren matar, sino dejar vivir a la gente para que la economía pueda funcionar cada vez más eficientemente.

En mi opinión, el análisis de Foucault sobre el surgimiento de la biopolítica como una acción del Estado liberal para satisfacer la racionalidad de la economía política, la autolimitación del gobierno, resuena con el análisis de Marcuse sobre el surgimiento de un nuevo patrón de racionalidad e individualidad a partir del siglo XVIII en Europa.

Si bien la libre competencia se basaba en los oficios y gremios locales, la relación entre producción y trabajo no ponía en cuestión la libertad de elección del individuo, pero, dice Marcuse, desde el momento en que se introdujeron la mecanización y la racionalización, léase la eficiencia, el competidor más débil se vio obligado a someterse

al dominio de las grandes empresas industriales mecanizadas, que, al establecer el dominio de la sociedad sobre la naturaleza, abolían el sujeto económico libre. Para Marcuse, el poder tecnológico tiende a concentrar el poder económico, pues el principio de eficiencia competitiva favorece a las empresas mejor equipadas. La búsqueda de la eliminación del desperdicio y de la eficiencia en las industrias es, en mi opinión, la otra face de la iniciativa privada del principio de razón de Estado de Foucault, según el cual un Estado que gobierna bien es un Estado que practica la autolimitación, es decir, hace de la economía política su pilar. Tanto el principio racional de eficiencia con el uso de la maquinaria como el principio de la razón del Estado como economía política de autolimitación son dos caras de una misma moneda, la sociedad tecnológica capitalista, solo que una en la esfera pública y la otra en la esfera de la economía privada. Al igual que el gobierno, la empresa privada se rige por la idea de maximizar las ganancias reduciendo los costos de producción. Los costos deben mantenerse lo más bajos posible. Sin embargo, dice Marcuse, esta racionalidad de la eficiencia posibilitada por el uso de la tecnología convierte a ésta en un mecanismo de cambio social, en la medida en que la racionalidad individualista se transforma en racionalidad tecnológica. «Esta racionalidad establece estándares de juicio y fomenta actitudes que predisponen a los hombres a aceptar e internalizar los dictados de este aparato». (M., 1999: 77) Para Marcuse, 'aparato' significa las instituciones, dispositivos y organizaciones de la industria en una situación social dominante. El sujeto económico libre del siglo XVI se convirtió en objeto de una organización a gran escala y comenzó a tratar su avance individual según una eficiencia estandarizada, es decir, comenzó a guiarse en sus acciones laborales por estándares externos, que se relacionan con tareas y funciones predeterminadas. Él no fija sus propios objetivos, sólo se guía por los que el aparato determina para él. Para Marcuse, el trabajador no es alguien que manipula y controla la máquina, sino, por el contrario, es la máquina la que controla al trabajador. El sistema tecnológico de automatización introduce en el individuo la lógica de la mecanización, su sumisión a la repetición de patrones operativos, a la secuencia predeterminada de medios y fines. Esta secuencia «absorbe los esfuerzos liberadores del pensamiento y las diversas funciones de la razón convergen hacia el mantenimiento incondicional del aparato» (p. 80). Para Marcuse, el mismo equipo electrónico que facilita el contacto entre

individuos absorbe también su libido (represión) y los aleja de esta manera del reino extremadamente ‘peligroso’ (la sexualidad) en el que el individuo se encuentra libre de la sociedad. El apego a la máquina, a su coche, reemplaza al apego a otros seres humanos. La mecánica de la sumisión a la estandarización externa del comportamiento se repite en todas las esferas de la sociedad, no sólo en las fábricas, sino también en las oficinas, tiendas, escuelas y en la esfera del ocio. Más, al igual que Foucault, Marcuse no cree que las elecciones de los individuos guiadas por este patrón de comportamiento mecanizado sean el resultado de la coerción externa; Por el contrario, «los individuos son despojados de su individualidad, no por la coerción externa, sino por la propia racionalidad en la que viven» (p. 82). El aparato al que el individuo debe ajustarse y adaptarse es tan racional, tan eficiente, que la protesta y la liberación individual parecen inútiles e irracionales, dice Marcuse.

Las reflexiones de Marcuse sobre la tecnología hechas en los años 1940 y 1960 son extremadamente relevantes hoy, ya que vemos cada vez más a la extrema derecha en el mundo aprovechando la apatía política de los votantes, invitándolos a resignarse cada vez más a la racionalidad tecnológica de la eficiencia, la libre competencia y la sumisión a los dictados externos de la estandarización del comportamiento mecánico y repetitivo. La mentalidad gerencial, según la cual la verdad y la racionalidad residen en el control y administración de las acciones, se apodera violentamente de la subjetividad y el individuo deja de explorar sus capacidades y habilidades de forma libre, autónoma y emancipada. Siga los dictados del mercado, ya sea el mercado laboral o el mercado de la industria del entretenimiento. Tu deseo está sujeto a los juegos de marketing de las industrias culturales. Todo esto dificulta el debate político, ya que deja el pensamiento social crítico sin espacio.

§ Conclusión

Al igual que para Foucault, para Marcuse el individuo es autor de su propia sumisión, pues ha interiorizado los valores de la racionalidad tecnológica de tal manera que, siguiendo su propia razón, sigue a quienes hacen un uso rentable de la razón (a su costo). «Las masas coordinadas no anhelan un nuevo orden, sino una porción mayor del orden dominante».

Todos quieren participar del sueño de una vida de alto consumo y creen que esto sólo depende de su voluntad y trabajo. Si antes ser individuo significaba tener discernimiento y crítica respecto a los valores y comportamientos socialmente aceptados, buscando autonomía de pensamiento frente a órdenes y valores impuestos, hoy la situación es exactamente la contraria, el individuo no sólo acepta las cosas tal como se le presentan, sino que busca adaptarse él mismo a ellas.

Finalmente, creo que Marcuse se acercó a la idea de poder positivo de Foucault al analizar el concepto de alienación en *El hombre unidimensional*. En este libro cuestiona la validez del concepto de alienación. Considerando que los individuos se identifican con la existencia que se les impone y ven en ella su propio desarrollo y satisfacción, esta identificación no es una ilusión, sino la realidad. (p.49) No hay nada fuera de la conciencia a lo cual el sujeto pueda aferrarse para defender su punto de vista crítico, como si existiera un fundamento, porque siempre estamos atravesados por los discursos de verdad de la época y sus efectos normativos, pero lo que queda es la necesidad permanente de buscar otras prácticas que produzcan regímenes de verdad más emancipadores.

Bibliografía

- Foucault, Michel (2010), *O Nascimento da Biopolítica*. Lisboa, Edições 70.
- Marcuse, Herbert (2015), *O homem unidimensional. Estudos da ideologia da sociedade avançada*. São Paulo, Edipro.
- Marcuse, Herbert (2001), «Algumas implicações da tecnologia moderna», en *Tecnologia, guerra e fascismo: coletânea de artigos de Herbert Marcuse*. São Paulo: Unesp.